

EDITORIAL

El reto de la academia ante el genocidio palestino

Ángel Estigarribia¹ 

¹ Universidad Nacional de Asunción, Facultad de Ciencias Sociales, San Lorenzo, Paraguay.

Correspondencia: angel_estigarribia@facso.una.py

DOI: <https://doi.org/10.54549/cs.2025.5.5746>

El escenario contemporáneo de Medio Oriente, particularmente tras los acontecimientos de octubre de 2023 y la denominada «guerra de los 12 días» (junio de 2025), requiere una mirada profunda y rigurosa para comprender sus múltiples dimensiones. El conflicto, no puede reducirse a un fenómeno contingente, un episodio puntual o un enfrentamiento aislado; representa más bien la prolongación y agravamiento de una lógica colonial estructural. En este marco, el Estado de Israel —que cuenta con el respaldo constante del eje hegemónico occidental encabezado por Estados Unidos— se erige como el principal factor de inestabilidad y conflicto en la región. En el período enero-agosto de 2025, Israel ha atacado casi de manera simultánea a Palestina, Líbano, Siria, Irán y Yemen, siendo el agente central de una política sistemática de exterminio y desplazamiento de la población palestina.

La evidencia empírica expuesta en los medios de comunicación internacionales y corroborada por diversas investigaciones académicas y de organismos de derechos humanos señala patrones de violencia que trascienden la mera ocupación militar. La destrucción deliberada de infraestructura civil —hospitales, escuelas, universidades, redes eléctricas— y la devastación de fuentes de agua y medios de subsistencia agrícola, configuran prácticas genocidas según los estándares internacionales establecidos en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1948. El Estado



Acceso abierto.
Licencia CC BY.

de Israel combina los ataques masivos con la eliminación selectiva de líderes religiosos y comunitarios, docentes, agentes sociales, trabajadores de la salud e incluso trabajadores humanitarios y de la prensa junto al confinamiento forzado y asesinato de civiles, incluida la población infantil. Esto constituye una manifestación extrema de necropolítica colonial.

En este contexto, el sionismo estatal funciona como una extensión supermoderna de la matriz colonial europea, actualizada y radicalizada en un momento de crisis estructural del capitalismo global. La ofensiva israelí en Gaza y Cisjordania no puede ser entendida sólo en clave de disputa territorial, sino como un modo de gestión y reproducción de la hegemonía imperialista regional y global. El apoyo logístico, militar y diplomático brindado por los principales actores occidentales a las operaciones israelíes revela una convergencia funcional de los dispositivos de control y de las acciones bélicas catastróficas para la gubernamentalidad aplicada sobre los pueblos oprimidos de la región.

Particularmente desgarrador es el dramático aumento de la matanza de la niñez palestina, cuya vulnerabilidad se convierte en un blanco deliberado dentro del esquema de violencia estructural impuesto en Gaza. Las víctimas infantiles no solo representan una tragedia humanitaria inconmensurable, sino que también evidencian la brutal capacidad del aparato militar israelí para destruir el futuro de un pueblo, donde cada vida infantil segada significa la extinción de toda esperanza colectiva. Esta violencia ha impactado desproporcionadamente a mujeres y niñas palestinas a través de muertes masivas, abortos forzados por condiciones extremas, violencia sexual sistemática como táctica de guerra, desplazamientos repetidos y destrucción total del sistema sanitario y educativo, mientras las mujeres priorizan alimentar a sus familias padeciendo ellas mismas hambre severa. La pérdida de estas vidas debe convertirse en un profundo llamado a la solidaridad, la justicia y la urgencia de frenar este ciclo de barbarie.

Sociológicamente, la crisis de Gaza expone la imbricación entre las formas extremas de violencia estatal, la producción social del espacio y las tecnologías de control y disciplinamiento de poblaciones. El actual despliegue de enclaves humanitarios y la exclusión territorial de los palestinos no es sino la reinención de dispositivos clásicos de segregación (guetos, bantustanes, reservas) bajo la retórica de la seguridad global y la lucha antiterrorista. Así, el genocidio no solo consiste en la eliminación física, sino en la producción de condiciones de vida incompatibles con la reproducción social de la población objetivo.

La agresión israelí no ha quedado sin respuesta, la reacción de solidaridad internacional y la movilización de diversos actores sociales en eventos

políticos y culturales masivos en apoyo al pueblo palestino ilustran la dimensión dialéctica de la crisis: el genocidio opera como catalizador de resistencias diversas —estatales, comunitarias, religiosas y laicas—, renovando la agenda de emancipación nacional y de libertad. Esta dinámica exige al mundo académico una reflexión autocrítica sobre los límites de las ciencias sociales hegemónicas, muchas veces cómplices, por acción u omisión, de los dispositivos de legitimación del relato dominante.

La situación palestina, en suma, constituye un laboratorio de estudio para la violencia estructural inherente al imperialismo tardío, pero también para la potencia de las prácticas de resistencia y solidaridad. El reto para los análisis críticos es sostener una mirada compleja y comprometida con la denuncia y la transformación de las lógicas de barbarie, reafirmando la vigencia de un horizonte político-civilizatorio-racional frente a la crisis mundial que encarna el caso palestino.

El Editor